

SANDOR FERENCZI : Reconsiderando la Intervención Activa, Martin Stanton.

Capítulo 3. Preliminares.



La experiencia analítica nos muestra que es altamente probable que muchos niños inteligentes en la etapa de la represión, marcada por el periodo de latencia, antes de que hayan pasado por la “gran intimidación”, perciben a los adultos como tontos peligrosos, a quienes no se les puede decir la verdad sin correr el riesgo de ser castigados por ello, y cuyas inconsistencias y tonteras por lo tanto han tenido que ser tomadas en cuenta. En esto los niños no están muy errados.

- Sándor Ferenczi, 1912, 1, pp. 203-4

“La Transferencia” es claramente no solo el más importante sino también el más acaloradamente disputado concepto psicoanalítico. Por un lado, se sostiene que “[el] uso del término... se ha restringido en su totalidad al psicoanálisis, y... no deber ser confundido con los diversos usos psicológicos del ‘transferir’” (Laplanche y Pontalis, 1980, p. 455; cf. H. B. y A. C. Inglés, 1958). En este sentido, la función de la “transferencia” en el tratamiento psicoanalítico, debería observarse como un caso *especial*, adaptada a las necesidades y deseos contenidos dentro de la relación entre el paciente y el analista. Por otra parte, se sostiene frecuentemente que la “transferencia” no es ni propiedad exclusiva del análisis, ni es tampoco la proyección de prototipos inconscientes o “imagos” sobre los otros *primitivamente* encontrados en el análisis; el “amor” romántico, por ejemplo, es claramente el modelo más popular (cf. LaCapra, 1988). El “Amor”, de hecho, en su producción veleidosa de nuevas variantes de la vieja historia, continuamente trastorna la cualidad *especial* que los analistas quisieran ver en forma exclusiva en los fenómenos de la transferencia en el análisis.

Es curioso que Freud sea frecuentemente citado para apoyar ambas opiniones. Primero, existe la visión de Freud de que el analista literalmente reemplaza la temprana figura que inicialmente inspiró los pensamientos, sensaciones y las emociones transmitidas en la transferencia.

[Las Transferencias] son reediciones o recreaciones de los impulsos y las fantasías que se despiertan y hacen conscientes durante el progreso del análisis; pero poseen cierta peculiaridad, característica de todo el género, cual es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Dicho de otro modo, toda una serie de experiencias psicológicas no son revividas como algo pasado, sino como vinculadas a la persona del médico en el momento presente.

-Freud, 1905, 7, pp. 157-8

Alternativamente, existe otra perspectiva, contenida dentro de *Un Estudio Autobiográfico*, la que plantea que “No debe suponerse... que la transferencia es creada por el análisis y no ocurre fuera de éste. La transferencia es simplemente descubierta y aislada por el análisis. Ella es un fenómeno universal de la mente humana, decidiendo el éxito de toda la influencia médica, y de hecho dominando la totalidad de las relaciones de cada persona en su ambiente humano” (Freud, 1925, 20, pp. 79-80).

Lo que se extraña en ambas perspectivas, y en ambas expresiones suplementarias, es alguna referencia al contexto histórico en el que la noción de transferencia se desarrolló. Se descuida, por ejemplo, que

el primer significado viene del “Caso Dora”, en el que la transferencia figura como una “añadidura”, precisamente porque Freud había pasado por alto su importancia en la estructuración del curso del análisis. Sus observaciones fueron, por lo tanto, inferidas retrospectivamente, más que desarrolladas dentro del procedimiento del análisis mismo. En la segunda referencia tampoco existen menciones de la retórica de este aspecto, la cual es designada para *resituar* actuales conflictos en el movimiento psicoanalítico dentro de los términos de la transferencia dinámica. Este es particularmente el caso en el quiebre de Freud con Jung, debido a que Jung había jugado previamente un rol formativo al localizar la transferencia en un contexto psiquiátrico, particularmente asociándola con la neurosis, como opuesta a la psicosis, en la cual la introversión destruye las relaciones transferenciales con el mundo externo (cf. Jung, 1972, 3, p. 190). Más tarde, pese a la consternación de Freud, Jung cambió este énfasis para describir la transferencia “real” como un lazo espiritual que liga a las personas entre sí y con Cristo, en “el milagro de la redención” (Jung, 1919, pp. 41ff.). Por supuesto, esto no excluía la supuesta perturbación neurótica asociada con tales “milagros”, pero sí impuso en el debate general la pregunta acerca del estatus de ciertos paralelos no-clínicos como el “Amor” y la “experiencia religiosa”.

El trabajo de Ferenczi sobre la transferencia intenta mediar entre las definiciones puramente clínicas y las culturales. Esto no es para decir que él argumenta desde lo clínico a lo cultural, o que generalmente apoya las opiniones de Freud. Por el contrario, su fecundo y temprano artículo, “Introyección y transferencia” (1909, 1, pp. 35ff.) insinúa muchas de las futuras diferencias con Freud en relación con la definición del “Caso Dora”. Primero que nada, Ferenczi insiste que la transferencia debe ser entendida en término de relaciones de objeto, operando así efectivamente a lo largo de un amplio rango de objetos en un amplio rango de actividades: la elección del alimento, por ejemplo, o la manera de cocinar, o las particulares preferencias políticas o religiosas pueden indicar la transferencia de “inclinaciones eróticas reprimidas (genitales o coprofilicas)” (ibid., p. 38). En segundo lugar, estas formas específicas de relaciones de objeto operan mediante el desplazamiento: el color del pelo de una persona, por ejemplo, la manera en que alguien sostiene un cigarrillo o un lápiz, su nombre, el tono de su voz pueden articular la transferencia (ibid., p. 42). En tercer lugar, la transferencia es estructurada alrededor de las “escenas” de la fantasía que, inconscientemente, prescribe la percepción: “El primer amado y odiado”, sostiene, “es una transferencia de sentimientos autoeróticos placenteros y displacenteros sobre los objetos que evocan esos sentimientos. El primer “objeto de amor” y el primer “objeto de odio” son, por así decirlo, las transferencias primordiales, las raíces de cada futura introyección” (ibid., p. 49). En síntesis, hay formas positivas y negativas de transferencia, las que respectivamente nutren y atacan al objeto elegido. Finalmente, estas “transferencias primordiales” pueden a menudo, posteriormente, formar un núcleo fijo, a través de la dinámica edípica, sobre la madre y el padre como objetos de deseo y de odio.

Es significativo que Ferenczi intentara probar esta relación de la dinámica de la transferencia a través de referencias al modelo de la hipnosis. La hipnosis simplemente explota las estructuras transferenciales primordiales que ligan el afecto a los objetos. Por lo tanto, hay dos posiciones afectivas básicas que el hipnotista puede explotar a fin de ganar acceso a las asociaciones inconscientes ligadas al objeto: la primera posición se modela sobre el padre primordial, de modo que es severa y utiliza la orden como forma de penetrar a través de la consciencia del paciente; la segunda se modela sobre la madre primordial, de modo que es incondicionalmente nutriente y relaja a los pacientes al punto en que ellos de buena gana ceden a todo lo que da origen al dolor o molestia (1, p. 54). El interés de Ferenczi en este punto es indicar que tanto la hipnosis como el psicoanálisis tienden a privilegiar la primera posición a expensas de la segunda. Se identifican con la autoridad del padre y se olvidan del amor de la madre. Por lo tanto, los afectos generados dentro de la transferencia son a menudo negativos y basados en el temor al padre, el que proyecta su “conocimiento” dentro de un vulnerable cuerpo de asociaciones (*Thalassa*, p. 32). Los analistas “insensibles” (*Fühllosigkeit*) a esta disposición verdaderamente fomentan complicaciones en la condición del paciente (cf. *Diario*, 7 de enero de 1932, pp. 1ff.). Otro nivel de desplazamiento se agrega al de la transferencia original y usualmente se articula a través del cuerpo del paciente. Ferenczi llama esto “ventriloquismo” (*Bauchreden*). Ilustraciones claves de este fenómeno son la compulsión a bostezar, suspirar y toser durante la sesión analítica, acciones que “ventriloquizan”, u ofrecen “voces separadas”, como si ellas fueran las ansiedades del paciente (1, p. 209).

La supresión de la posición primordial de la madre en la transferencia absorbía las meditaciones posteriores de Ferenczi sobre la técnica psicoanalítica (comenzando, particularmente, con su famoso trabajo sobre “abusos” psicoanalíticos, en “Sobre la técnica del psicoanálisis”, 1919, 2, pp. 177-89). Este se centra primero que nada sobre cómo tal supresión puede tener lugar; segundo, sobre por qué los analistas son a menudo incapaces de ocupar la nutrienda, “introyectiva” posición de la madre. Una razón para ambos aspectos era la “gélida reserva”, que algunos sienten, garantiza la respetabilidad clínica y la imparcialidad académica del intercambio analítico. Por supuesto, por un lado, no es difícil definir como el enfoque glacial sustrae algo al calor de la transferencia. Para llevar a los analistas a la temperatura apropiada, Ferenczi propone unir los términos de “amor” y “odio” al de “transferencia”: propone los términos transferencia de amor y transferencia de odio (*Übertragungsliebe/Übertragungshass*) (2, p. 290). Por otro lado, es más difícil definir cómo las represiones operan dentro de la contribución del analista en las sesiones. Esto da origen al complejo tema de la “contratransferencia”, o la propia distorsión transferencial del propio analista de la situación analítica; la complejidad deriva principalmente del definir la dinámica inter-transferencial, especialmente ejemplificada por la analogía de la clarividencia de Ferenczi (ver p. 88).

Controversialmente, Ferenczi argumenta que el psicoanálisis no diferirá esencialmente de la sugestión hipnótica, si la contratransferencia no incorpora la posición primordial de la madre (2, p. 187). Esto no significa excluir la posición primordial del padre, sino simplemente rehusar dejar excluida la primaria posición de la madre dentro de la dinámica inter-transferencial. En efecto, esto implica mantener el acceso a través de un canal dual de transferencia primordial para el amplio rango de relaciones de objeto. En suma, el “amor” y el “odio” evocado pueden explorar la gama de canales entre la homo y la heterosexualidad, y la tensión emocional correspondiente y la relajación pueden aumentar mediante la “activa evitación de ventriloquismos somáticos”. El análisis de la contratransferencia, por lo tanto, provoca un “efecto invernadero” psicósomático, el que eventualmente se disuelve bajo la integridad, confianza y la cura propuesta por el psicoanálisis. La única manera de proteger y nutrir este tipo de aporte contratransferencial es el instituir un psicoanálisis obligatorio de todos los psicoanalistas y recomendar una constante supervisión (“La elasticidad de la técnica psicoanalítica”, 1928, 3, pp. 88-9).

* * *

La transferencia se origina y progresa a través del juego (*Spiel*). Esto es, hoy en día, una tesis familiar, aunque controversial, ya que en 1913, cuando Ferenczi la elaboró sistemáticamente por primera vez, pareció ser un peligroso trabajo pionero en un territorio desconocido (“Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad”, 1913, 1, pp. 213ff.; “Un pequeño encantador”, 1913, 1, pp. 240ff.; “Ideas infantiles sobre los órganos genitales femeninos”, 1913, 2, pp. 314ff.; “Ideas Infantiles sobre la digestión”, 1913, 2, pp. 325ff.; “La causa de la actitud de reserva en un niño”, 1913, 2, pp. 327ff.; “Sobre la ontogénesis de los símbolos”, 1913, 2, 1, pp. 276ff.). Por supuesto, este trabajo probó su valor al inspirar la futura dirección del análisis de niños, nada menos que a través de Melanie Klein y Margaret Mahler, quienes comenzaron sus carreras en el Círculo de Budapest de Ferenczi (cf. Klein, “Estados Tempranos del conflicto Edípico y de la formación del Super Yo”, 1975, pp. 123ff.; Mahler, 1988, pp. 16-18). Además, la extensión de la noción del Juego de Ferenczi, al incluir el lenguaje, prefiguró tanto del modelo “fort-da” de Freud en *Más allá del Principio del Placer* (1920) como la subsecuente “fase del espejo” de Lacan. (1966).

La comprensión inicial, más importante, dentro del juego es que en él opera el desplazamiento demandado por los objetos primordiales en las primeras relaciones de objeto. El *primum mobile* del juego, o fuerza impulsora, ocurre cuando la primera “cosa frustrante” impide la gratificación, o incluso provoca dolor (1, pp. 48-9). En este punto, el “interés” (*Vorteil*) cambia de la gratificación negada al objeto. El “impulso-sentimiento” (*Gefühlstrieb*) es proyectado en el objeto invistiéndolo así con afectos gratificantes. Si el objeto continúa negando la gratificación o, de hecho, provoca dolor, entonces es investido con afectos negativos. De cualquier modo existe un desplazamiento (*Verschiebung*) que contiene la particular mezcla de placer y dolor; el desplazamiento también incorpora la fluctuación afectiva asociada con el objeto (*Verschiebung*, es consistentemente traducida como “desplazamiento” por Strachey, pero también puede

connotar “fluctuación”, “dislocación” y “transferencia”). El “Juego” (Spiel) entonces negocia el rango y la flexibilidad del desplazamiento necesario para contener y eventualmente controlar la fluctuación afectiva (*Spiel*, en otro sentido, no necesita necesariamente un ego para hacer esto, la palabra también connota el movimiento de una máquina).

Ferenczi argumenta que el juego de transferencia continuamente desplaza el sitio de la gratificación y la negación. Este juego ocurre en las fases oral, anal y fálico/genital. En la oral, es jugar con el pezón o chupetear (*Lutschen*). Luego, en la fase anal, las heces se transforman en el primer “juguete” del infante (1, p. 326). Ellas sirven como la primera pintura, y colorean los sentimientos de amor y odio sobre los objetos primitivos. Luego en el juego opera el desplazamiento a través de numerosos registros simbólicos: primero, la introyección del sentido del olfato (1, pp. 134, 143; “Los gases intestinales: privilegio de los adultos”, 1913, 2, p. 325); segundo, mediante el lenguaje obsceno y sus invocaciones coprofílicas (“Sobre las palabras obscenas”, 1911, 1, pp. 132ff.); finalmente, a través del símbolo coprofílico cultural del dinero (“La ontogénesis del interés en el dinero”, 1914, 1, pp. 319ff.; “Dos típicos símbolos fecales y anales”, 1915, 2, pp. 327ff.).

El primer juego de transferencia, dentro de la dinámica edípica, es la masturbación. En ella el deseo incestuoso, por los objetos paternos, se desplaza a través de la escena primaria y de castración, hacia el ritual masturbatorio. Ferenczi sugiere aquí que tales rituales simbólicamente reincorporan el motivo del incesto. En la masturbación masculina la cavidad de la mano substituye a la vagina de la madre; en la masturbación femenina, el dedo substituye el pene del padre (*Thalassa*, p. 23). Además, los impulsos homosexuales, frecuente y fluctuadamente, desplazan tales identificaciones, usualmente mediante la introyección de una parte o la totalidad de los objetos genitales del mismo sexo o incluso desplazando el ritual a través del erotismo anal (ibid., p. 24). Existe, además, una estructura biológica que sustenta este “juego” bisexual; en las mujeres, el clítoris reproduce el pene, y en los hombres, el glande del pene es invaginado y es contenido dentro del prepucio el cual replica la función de envoltura de la matriz materna (ibid., p. 28).

Sin duda alguna en la actualidad esta tesis biológica aparece un tanto extravagante, no obstante se acepta que todos poseemos diversos componentes físicos masculinos y femeninos (cromosomas, hormonas, etc.) y que la diferencia sexual no es tan distinta como alguna vez se presumió. De cualquier manera, el uso de Ferenczi de esta tesis es *utraquístico*; sugiere solamente que podría proveer analogías productivas (ver arriba, p. 64). Hoy en día probablemente él cambiaría sus analogías, aunque la función bisexual del juego de transferencia permanecería como la principal referencia. El aspecto más importante de todo esto es la fusión de diferentes erotismos, que contienen distintas experiencias placenteras y dolorosas, con diferentes relaciones de objeto y formas de desplazamiento. Ferenczi llamó a esta fusión “*anfimixismo*”, un término médico que denota la mezcla de dos sustancias diferentes (“*amphí*”, un prefijo Griego, que significa “en dos lados”), cuyo mejor ejemplo es la fusión del espermatozoide y del óvulo para crear un embrión. Él extiende su significado analógicamente para caracterizar el juego masturbatorio del niño, que fusiona diferentes tipos de actividad placentera en sus rituales. Los niños, por ejemplo, combinan chuparse el pulgar, oler-frotarse y el tirarse la oreja de distintas formas; o combinan alternativamente defecación y alimentación, o estimulación genital y juegos anales con los dedos (*Thalassa*, p. 13). Estas son, no siempre, pero a menudo, fusiones de origen dual. Este es el prototipo (elaborado alrededor de seis años antes de la versión de Freud del fort-da):

El ejemplo más característico de una anfimíctica conducta uretro-anal yo se lo debo... a un niño de dos años de edad, quien sentado sobre una cama alternativamente pasaba de expulsar unas pocas gotas de orina a unas pocas heces o gases intestinales, acompañando esto con un grito continuo *de “egy csurr; egy pú - egy csurr; egy pú”*, lo que puede traducirse, en el dialecto popular típico de la niñez, como “ahora un pis, ahora una caca”.

(*Thalassa*, p. 14)

Ferenczi acentuaba que el “anfimixismo” no “guía” el desarrollo sexual a través de un progresivo desplazamiento del sitio de gratificación desde la “boca” al ano y, posteriormente, a los genitales. Por el contrario, el “anfimixismo” diversifica los sitios y su combinación simbólica a través de la cual los impulsos

eróticos se expresan. Uno no abandona tempranamente las estructuras anímicas, sino que las elabora aún más, especialmente usando los nuevos recursos obtenidos a través del lenguaje. Además, el juego de transferencia del anímismo pretende defender de la primitiva “cosa frustradora” y de la ansiedad asociada a los primitivos escenarios de la fantasía. Como tal, esto constituye un *preliminar*, el cual ritualmente antecede a la mayoría de los actos sexuales como defensa contra las transferencias negativas primitivas:

La experiencia psicoanalítica ha establecido que los actos preparatorios al coito... tienen como función producir una identificación con la pareja sexual a través de los abrazos y el contacto íntimo. Besar, acariciar, morder o abrazar sirven para borrar los límites entre el ego de los amantes, por ejemplo, durante el acto sexual el hombre debido a que ha introyectado el órgano de la mujer, no necesita tener la sensación de haber confiado el más precioso de sus órganos, el representante de Ego-placer; a un ser extraño, o sea, peligroso; de manera que pueda permitirse sin ningún temor la erección, ya que el órgano bien protegido no corre el riesgo de ser dañado porque está confiado a un ser con el que su Ego se ha identificado. De este modo, en el acto sexual, el deseo de dar y el deseo de conservar, las tendencias egoístas y las tendencias libidinosas se equilibran con éxito.

(*Thalassa*, p. 17)¹

Por supuesto, en este caso, el preliminar anímico es modelado sobre una noción falocéntrica limitada de la heterosexualidad. Ferenczi es naturalmente cauteloso y ambivalente acerca del estatus de otras formas anímicas de preliminares, tales como el cunnilingus, la sodomía o la fellatio, debido a que estas, en ese tiempo, eran designadas formalmente como actividades delictivas. No obstante, está implícito en la fórmula anímica del juego de transferencia que el preliminar es pluralista; fusiona erotismos derivados tanto de la madre primordial como de las líneas de transferencia del padre. Mucho del ritual preliminar anímico puede entonces desplazar impulsos homosexuales o narcisistas, a pesar de que formalmente están dirigidos hacia la elección de objeto heterosexual. Del mismo modo, cualquier forma anímica, incluso la coprofilia, llega a ser entendida como “perversión” sólo cuando ella es mediada por la culpa o el “lenguaje de la pasión” (1, pp. 328ff.; ver pp. 85, 197).

* * *

El mayor problema con el modelo del anímismo es su implícito sincretismo: no importa cuán diferentes o separadas las constelaciones eróticas se encuentren, el anímismo será supuestamente capaz de crear un sitio común en donde impulsos y objetos se relacionen. Esto puede demandar numerosos desplazamientos a través de determinados registros simbólicos, siguiendo la serie de la progresión edípica desde lo oral, lo anal, lo fálico a lo genital, aún así producirá un efecto que deriva de esta diferencia y separación. Uno podría muy bien imaginar que cualquier psicoanalista tratando de rechazar esta clase de categoría y sus posibles contradicciones en una actitud teórica optaría por una abstracción que eliminara los problemas de la detallada descripción psicológica al nivel del proceso primario; la función alfa de Bion es sugerida en este sentido (11). Ferenczi, sin embargo, nunca se inclinó por este método de argumentación o descripción. En lugar de eso, escogió definir esta función sincrética del anímismo a través de un término que no podía ser más concreto, a saber, el *carácter*: “nosotros debemos atribuir a la constitución de esta mezcla y a la distribución más fina o más gruesa de los ingredientes de esta combinación de erotismo”, explica, “una enorme importancia en lo que respecta no solo a la normalidad genital o la individualidad, sino que a la formación del carácter en particular, el que posteriormente... debe ser entendido en gran medida como la superestructura psíquica y la transcripción psíquica de estos *erotismos*” (*Thalassa*, p. 12). En el contexto

1.- N. del T.: En esta cita más que traducirla del texto en inglés, se ha optado por incluir la traducción realizada en Sandor Ferenczi. *Psicoanálisis*, Tomo III. págs. 317-318. Espasa-Calpe. 1981, que Francisco Javier Aguirre hace de “Oeuvres Complètes”. Tomo III 1919-1926 del grupo francés Coq-Héron.

de las discusiones psicoanalíticas de 1920 esta elección del término no podía ser más controversial. Karl Abraham, y luego Wilhelm Reich, acentuaron como el “carácter” surge de la tierra de nadie entre los afectos sensoriales/emocionales y el mundo exterior (Abraham, 1919; Reich, 1925, 1929, 1933). Reich destaca esta “tierra de nadie”, definiendo el “carácter” somáticamente en términos de la “coraza”, o la tensión muscular inconsciente que determina la postura corporal. (La palabra Alemana para esto, “*Panzierung*”, deriva de “*Panzer*”, o “tanque blindado”). El “carácter”, obviamente tiene que defender por sí mismo de algunas fuertes agresiones externas.

Quizás la forma más seria de agresión externa contra la que cualquier carácter tiene que defenderse es el abuso sexual. Se asume a menudo que cuanto más gruesa se haya desarrollado la “coraza” del carácter, es menos probable que el ataque se abra paso a través del creativo proceso anímico; en los adultos, toda la red simbólica del lenguaje, supuestamente, será más capaz de reducir la tensión del impacto y conscientemente lo absorberá como “experiencia” (12). En los niños, sin embargo, se presume que el proceso creativo y la red simbólica son menos seguros, por lo que el “carácter” como una totalidad podría fragmentarse. Karl Abraham, por ejemplo, cree que el abuso sexual de menores es la mayor causa de las psicosis (“Sobre la importancia del trauma sexual en la niñez para la sintomatología de la demencia precoz” [1907] 1955, pp. 13-20).

El problema con muchas opiniones sobre el abuso sexual de menores es que ignoran totalmente la participación del abusado. Niegan la existencia de la sexualidad infantil o cuestionan su valor e integridad. Por lo tanto, el deseo del abusador es visto tanto como un registro en la superficie de una *tabula rasa* o como la representación de una “experiencia” inapropiada o inoperante en el carácter infantil. Semejantes actitudes provocan una forma más subterránea de abuso, porque ignoran la manera en que el niño experimenta tales sucesos. Consideran que el “trauma” es totalmente exterior al carácter, por lo que no repercutiría en los registros eróticos que normalmente se fusionan, anímicamente para producir transferencias en algún lugar entre el “amor” y el “odio”. El trauma desconecta el sistema simbólico de los desplazamientos en su totalidad. Los niños o experimentan una amnesia permanente o se *acomodan* simplemente olvidando lo que sucedió. Esta actitud es particularmente nociva en ciertas formas de entrevista de “indagación”, en la cual los entrevistadores están a menudo únicamente preocupados por establecer la evidencia legal suficiente para condenar al abusador, más que preocuparse por cuidar a la persona que ha experimentado realmente este abuso (13). El culpable es acusado y castigado, y el inocente es enviado en “cuidado” y dejado sin atención con una amplia gama de inexploradas ambivalencias que se relacionan con la “culpa”, comúnmente por la destrucción de alguien o por el quiebre de una familia.

Mi objetivo al mostrar tales opiniones en este punto es que por lo general éstas han sido asociadas erróneamente a Ferenczi. El principal promotor de esta *mésalliance* ha sido Jeffrey Masson, quien atribuyó a Ferenczi una repentina clarividencia *ante-mortem* de que el abuso sexual de menores era la causa primaria de las neurosis de los adultos. Freud -como Masson nos recuerda- había originalmente descubierto esto, pero “faltó a la verdad” para sustentar su propia ambición y defenderse contra su propio “abuso” infantil (Masson, 1984). El “redescubrimiento” de Ferenczi, por lo tanto, activó el peor enfado Freudiano. Ferenczi fue rechazado y sus teorías censuradas. Sin embargo -Masson sugiere- nosotros no deberíamos ser demasiado entusiastas en entregar nuestra simpatía y honores a Ferenczi. Él “nunca se arriesgó” a contar a Freud esta “verdad” en su totalidad, ni siquiera a conducir esta reveladora línea de pensamiento hasta el final (Masson, 1984, pp. 147, 166), esto es, que “hay algo en la misma naturaleza del encuadre terapéutico que se relaciona con el abuso” o que la terapia reproduce la estructura del abuso sexual infantil (Masson, 1989, p. 166). Además, para agregar insultos a esta ofensa Masson siente la necesidad de poner a Ferenczi en su “correcto lugar”: “Yo debería aclarar que, a pesar de que considero que las ideas de Ferenczi se mueven en la dirección correcta, todavía siento que él permaneció siendo un “terapeuta”, alguien que deseaba imponer sus propios puntos de vistas sobre el mundo de otro” (ibid., p. 115).

Las opiniones de Masson sobre Ferenczi son erróneas en cuatro aspectos básicos. Primero, ni Ferenczi ni Freud, ni desde luego la totalidad del movimiento psicoanalítico, “faltaron a la verdad” en relación al abuso sexual de menores. La visión acerca del abuso sexual cambió, ciertamente, pero sólo en lo que respecta con la preocupación por las percepciones del niño y la contención de trauma. Absolutamente crucial en tales transformaciones teóricas fue el artículo de Freud “Consideraciones sobre el papel representado por la

sexualidad en la etiología de las neurosis” (1906, 7, pp. 271ff.) y el artículo de Abraham “La experiencia del trauma sexual como una forma de actividad sexual” ([1907] 1968, pp. 47ff.). Estos artículos planteaban que los niños, como individuos, son involucrados de diferente manera en los incidentes de abusos, de forma que este hecho debería ser estimado y considerado en su respuesta individual al trauma. Crucial en esto era el rol de su “fantasía” en la acomodación de los deseos incestuosos dentro del conjunto de la estructura familiar.

Segundo, Masson desconoce totalmente el contexto legal en el cual Ferenczi y los psicoanalistas en general tuvieron que ubicar sus consideraciones acerca del abuso sexual de menores. En muchos países el castigo por violar a un niño era la muerte. Por esta razón, los especialistas médicos en este campo tuvieron un apremiante cuidado en el diagnóstico e insistieron sobre la evidencia física incontrovertible más que en la simple aceptación del testimonio de un niño. Brouardel, una de las fuentes citadas por Masson, en la actualidad tiene una opinión fuerte y más bien reaccionaria al respecto: “Uno habla frecuentemente de la candidez de los niños. Nada es más falso. Su imaginación gusta crear historias en las cuales ellos son los héroes” (1883, p. 8). Ambroise Tardieu, otra de las fuentes de Masson, fue incluso más lejos y sugirió que todos los crímenes sexuales -y él incluyó la homosexualidad entre estos- indicaban degeneración, eran incurables, y sería mejor castigarlos con la muerte (1852-4). En este contexto, la supuesta “traición a la verdad” del psicoanálisis resulta infundada. Sólo sucedía que entregar esa “verdad” resultaba problemático para el contexto criminal. Una de las fortalezas del modelo psicoanalítico fue haber rehusado los modelos de castigo y criminalidad y proponer, en vez de ello, un modelo psico-sexual para la comprensión y cuidado de todos los involucrados.

Tercero, resulta absurdo sugerir que Ferenczi en realidad “descubrió la verdad” del abuso sexual de menores sólo al final de su vida (Masson, 1984, pp. 161ff.). Es cierto que él llegó a la conclusión de que la violación de niños era más común de lo que previamente había pensado (3, p. 161). Pero también es cierto que algunos de sus “análisis mutuales”, especialmente el de Elizabeth Severn, reactivaron memorias de abuso sexual que él mismo había sufrido cuando era niño. El siguiente relato indica la naturaleza de tal reactivación.

Me he sumergido hondamente en la reproducción de experiencias infantiles; la imagen más evocativa fue la vaga aparición de figuras femeninas, probablemente niñas sirvientes de mi niñez más temprana; luego la imagen de un cadáver, cuyo abdomen yo abría, presumiblemente en la sala de disección; vinculado a esto la loca fantasía de que yo estoy siendo empujado dentro de la herida del cadáver. Interpretación: el efecto retardado [*Nachträglichkeit*] de apasionadas escenas, que presumiblemente alguna vez ocurrieron, en el curso del cual una empleada, probablemente, me permitió jugar con sus senos, pero luego apretó mi cabeza entre sus piernas, de modo que me asusté y sentí que me estaba sofocando. Este es el origen de mi odio a lo femenino: Yo quiero disecarlas por esto, esto es, matarlas. Es por esto que la acusación de mi madre “Tú eres mi asesino” corta mi corazón y me conduce a 1) un compulsivo deseo de ayudar a cualquiera que esté sufriendo, especialmente mujeres; y 2) una evitación de las situaciones en las que tendría que ser agresivo. De este modo mi sentimiento más íntimo es que, de hecho, yo soy un tipo bueno, aunque con exageradas reacciones de rabia, incluso frente a ofensas triviales, y también con exageradas reacciones de culpa frente al más leve error.

(*Diario*, 17 Marzo 1932, pp. 60-1)

Es evidente que la “precisión” del recuerdo del abuso sexual no es la principal preocupación aquí. Puede ser que los detalles sean “probablemente” correctos y que las escenas “presumiblemente” hayan tenido lugar. También es evidente que no hay sólo una “escena” implicada, sino muchas. No se encuentran relacionadas en una secuencia, sino que a través de la “acción diferida”, esto es, la mutua influencia de unas sobre las otras; la acusación de la madre, por ejemplo, nos lleva al episodio de la disección, que a la vez se relaciona con la incidencia del ahogo entre las piernas de la empleada. La fantasía también juega un rol formativo aquí, no sólo en la “loca fantasía” de estar apretujado dentro de la herida, sino también en generar la vaguedad e incertidumbre de las escenas de la sala de disección y de seducción. Además, él no es el receptor pasivo del “abuso”, sino por el contrario, lo inicia; se le “permite” jugar con los senos de la empleada, pero luego ella responde de una forma que él no puede comprender, que desde luego lo asusta

profundamente. El “abuso” por lo tanto representa una “*confusión*” (*Sprachverwirrung*) de los lenguajes de la ternura y de la pasión, y no una violación.

Esto no es un “descubrimiento” nuevo de Ferenczi. A lo largo de su carrera reflexionó sobre la naturaleza del abuso sexual, no sólo en su contexto autobiográfico. Esto es más evidente en su correspondencia con Freud. En una carta, por ejemplo, él relaciona el sueño de un gato negro que salta sobre él, a una rivalidad fálica con su hermano Karl, al odio por su madre quien era fuerte (en contraste al “débil” padre que él había amado), y finalmente a la siguiente escena de “seducción”:

Envidié el coraje de un joven (un año mayor que yo) amigo de colegio: su pene era más grande, “bellamente tostado”, y con venas azules. Cuando yo tenía alrededor de 5 años de edad él me sedujo [*verleite er mich*], permitiéndome meter su pene en mi boca. Yo recuerdo el sentimiento de asco que surgió fuertemente en mí (temí que hubiese orinado en mi boca). No le permití hacerlo por segunda vez.

(Ferenczi a Freud, 26 de Diciembre 1912)

Nuevamente el “problema” central aquí es la confusión de los lenguajes de la ternura y la pasión. Él no es la víctima pasiva del “abuso”, sino el deseo *anfímixtico* de rivalidad y envidia, así como también sus componentes orales, anales y genitales.

Esto me conduce a la cuarta, y última, tergiversación que Masson hace sobre Ferenczi, específicamente la confusión entre “seducción” y “violación”. Tal confusión no es exclusiva de Masson; en efecto en la actualidad es común agrupar todo el trabajo psicoanalítico sobre el abuso sexual de menores bajo la etiqueta de la “teoría de la seducción”. De hecho, tanto Ferenczi como Freud acentuaron la variedad de tipos de abuso sexual de menores. En uno de los extremos situaron la violación de menores (*Vergewaltigung*). En el otro, situaron los juegos eróticos con niños, en los cuales ellos pueden participar activamente, o incluso ser iniciadores, pero donde casi nunca se produce la penetración real; esto es la seducción (*Verführung o Verleitung*) de menores (14). La principal confusión que resulta de ignorar esta distinción es la sugerencia de que los analistas transforman la realidad de la “violación” llamándola “seducción”. Alice Miller, por ejemplo, plantea que “la palabra ‘seducción’ reafirma los pensamientos ilusorios del adulto, quien presume que el niño comparte sus deseos; estas proyecciones están ausentes en la palabra ‘abuso’” (1985, p. 129). En síntesis, al igual que Masson, ella argumenta que el uso del término “seducción” por los analistas simplemente comprime el abuso original. En sus términos, “sexualidad infantil” en general es una realización de deseo psicoanalítico que disimula la realidad de la violación (“¿Existe tal cosa como una sexualidad infantil?”, 1985, pp. 121ff.).

Esta distinción no guarda relación alguna con cualquiera de los textos originales bajo discusión. Considérese, por ejemplo, el prototipo de la supuesta “prueba” de Masson, la última “revelación” de Ferenczi, el famoso “último” texto, “Confusión de lenguas entre el adulto y el niño” (1933). “Una forma típica”, escribe Ferenczi,

en la que las seducciones incestuosas (*Verführungen*) pueden suceder es esta: un adulto y un niño se aman el uno al otro, el niño nutre la fantasía de tomar el rol de la madre del adulto. Este juego puede asumir formas eróticas pero permanece, no obstante, en el nivel de la ternura. No ocurre así, sin embargo, con adultos patológicos, especialmente si ellos han sido perturbados en su equilibrio y autocontrol, por algún infortunio o por el uso de drogas embriagadoras. Confunden el juego del niño por los deseos de una persona sexualmente madura o hasta se permiten a sí mismos -sin consideración de cualquier consecuencia- dejarse llevar. La verdadera violación [*Tatsüchliche Vergewaltigung*] de niñas que han crecido apenas más allá de la edad de la infancia, los idénticos actos sexuales de mujeres maduras con muchachos, y también los actos homosexuales forzados, ocurren con mayor frecuencia de lo que hasta ahora se ha presumido.

(3, pp. 161-2; cf. *Bausteine*, 3, p. 518)

Existe un número de distinciones evidentemente claras en esta referencia: primero, los “lenguajes de la ternura y la pasión” de Ferenczi, como hemos visto, están lejos de ser unilineales o reduccionistas en relación con una supuesta “realidad” simple; segundo, la distinción entre lo “normal” y lo “patológico”, sugiriendo que las drogas podrían mediar entre las dos, en algunas circunstancias; tercero, la distinción entre “seducción”, la que puede empezar “en el nivel de la ternura”, incluso incorporando el “amor entre un adulto y un niño”, y la “violación real”, que es traumatizante y brutal; y, finalmente, la distinción de diversas orientaciones sexuales, y la posición relativa del hombre y de la mujer dentro de ellas. Ninguna de estas distinciones son reconocidas si la “seducción” es impuesta como un término general para los “abusos” que los adultos, y, que por extensión, los analistas imponen sobre los “inocentes” niños (15).

* * *

La gran fortaleza en las perspectivas de Ferenczi, acerca del abuso sexual de menores, deriva de su rechazo a reducir los complejos aspectos asociados a una simple “realidad”. Aun la aparentemente simple noción de los lenguajes de la ternura y de la pasión implica, de hecho, gran sutileza y diversidad. Tal como en cualquier lenguaje, sería ingenuo creer que las palabras que articulan la ternura y la pasión realmente encapsulan la “realidad” de los objetos que denotan. Actúan y anfibixan, a lo largo de las huellas elaboradas, a través de las transferencias con esos objetos. En primer lugar se desplazan simbólicamente; se aproximan a los escenarios de la fantasía primordial y avanzan a través de los registros edípicos prescritos del deseo y el odio. Ambos tienen, por lo tanto, la capacidad para contener considerable ambivalencia. El lenguaje de la ternura en los adultos, por ejemplo, puede conllevar deseos incestuosos infantiles inconscientes; en los niños, el mismo lenguaje puede incorporar elementos de pasión genital. El analista debe ser sensitivo a estos matices y rechazar el surgimiento de preconcepciones interpretativas que impidan el poder de la ambivalencia. Ferenczi resume esto como sigue: “un profundo significado debe... sestar ligado a los *afectos incestuosos reprimidos de los adultos, que se enmascaran como ternura*. Por otra parte, yo estoy seguro de poder decir en relación con los niños que ellos manifiestan una gran disposición para comprometerse en un erotismo genital, más vehementemente y mucho más tempranamente de lo que nosotros acostumbramos a suponer” (itálicas en el original, 3, p. 121).

El modelo de Ferenczi también rechaza la posibilidad de estar predispuesto a considerar los relatos de los adultos acerca de su propio abuso sexual, ni como “real”, ni como producto de la “fantasía inconsciente”. Como Freud, él está consciente de que tales relatos pueden combinar ambos elementos en forma compleja, siguiendo la dinámica de la “acción diferida”. La aproximación de Ferenczi a la relativa importancia de la “fantasía inconsciente” aquí está inspirada por su opinión sobre la dimensión destructiva del juego. Como Klein -pero unos diez años antes que ella- plantea que los impulsos (*trieben*) destructivos primitivos actúan a través de las estructuras duales de proyección e introyección. Del mismo modo cree que el Yo paradójicamente se acrecienta alrededor de los aspectos introyectados de esta destrucción. “Lo notable”, explica, “sobre esta autodestrucción es que aquí (en la adaptación, en el reconocimiento del mundo circundante, en la formación de los juicios objetivos) la destrucción verdaderamente se transforma en la “razón de ser” [*Spielrein*]. Una destrucción parcial del Yo es tolerada, pero solamente con el propósito de construir, permaneciendo a pesar de esto un Yo con una cierta resistencia” (16) (2, p. 377).

Ferenczi cree que tales impulsos destructivos introyectados pueden ser reactivados y repercutir dentro de la experiencia de abuso sexual del menor. Pueden no solamente ser “traumatizados” por la imposición de la violencia, sino que pueden identificarse con ella e incluso introyectar los sentimientos de culpabilidad del adulto. De hecho, es a menudo esta “sobreimposición” (*Auflegen*) violenta sobre el erotismo anfibixico del niño lo que da forma específica a los escenarios de la fantasía primordial; esto es, los deja en un estado de complejidad o ambivalencia y, consiguientemente, a través de la acción diferida, sitúa el “trauma” dentro de una red difusa de sentimientos. En el caso de violación violenta (*Vergewaltigung*), el niño frecuentemente se refugia completamente en la fantasía inconsciente y escinde o excluye el mundo externo; “el ataque como una rígida realidad externa cesa de existir y en un trance traumático el niño logra mantener la situación previa de la ternura” (3, p. 162). En casos de seducción (*Verführungen*), la articulación entre los lenguajes de la ternura es más “confusa” (Ferenczi usa la palabra “*verwirren*”, que también significa enredada).

Es el odio que, traumáticamente, sorprende y asusta al niño mientras está siendo amado por el adulto, lo que lo cambia de un ser espontáneo e inocentemente juguetón a un culpable amante autómatas, imitando al adulto ansiosamente y negando su propio ser. Sus propios sentimientos de culpa y el odio sentido hacia el adulto seductor transforma la relación de amor de los adultos en una aterradora lucha (la escena primaria) para el niño. Para el adulto, este estado termina en el momento de orgasmo, mientras que para la sexualidad infantil -ajena a la “lucha de los sexos”- permanece en el nivel de los placeres preliminares y conoce gratificaciones sólo en el sentido de la “saturación” y no de los sentimientos de disolución del orgasmo.

(3, p. 167)

Lo que resulta más revolucionario de este enfoque -y, lamentablemente, lo más incomprendido- es el total respeto por lo que el niño hace de una situación catastrófica. Ferenczi no tiene tiempo para “una superioridad moral” que castigue a los adultos culpables y no da consideración ni apoyo a las intenciones del niño de llegar a adaptarse a tal experiencia. Es fácil de presumir que el niño no tiene sexualidad, o que una experiencia de esta naturaleza no tendrá ningún impacto sobre su vida “adulta”; pero esto traiciona la verdadera naturaleza del vínculo afectivo del niño con el mundo y le niega su derecho a negociar su propio camino a través de sus tragedias, así como también de sus placeres. Esto clausura el lenguaje de la ternura y funda las bases para el futuro dolor del lenguaje adulto de la pasión. En síntesis, los niños a quienes se priva de un espacio para relatar en sus términos el abuso sexual a menudo encuentran el verdadero discurso como pacientes en el psicoanálisis. Sobre todo, entonces, el analista debe buscar y debe nutrir el lenguaje de la ternura. El preliminar para esto es relativamente fácil: remover el bloqueo, tomar en cuenta el lenguaje de la pasión para ilustrar que los adultos son a menudo “tontos peligrosos, a quienes uno no puede contar la verdad sin el riesgo de ser castigado” (1, p. 204).

***Volver a Revisiones
Volver a Newsletter 7-ex-61***